





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2014, Graciela Eldredge

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-351-3

Derechos de autor: 044695

Depósito legal: 005188

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2014

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Marzo 2017

Sexta impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración: Pablo Lara

Actividades: Francesca Ayala

Corrección de estilo: Gabriela Tamariz

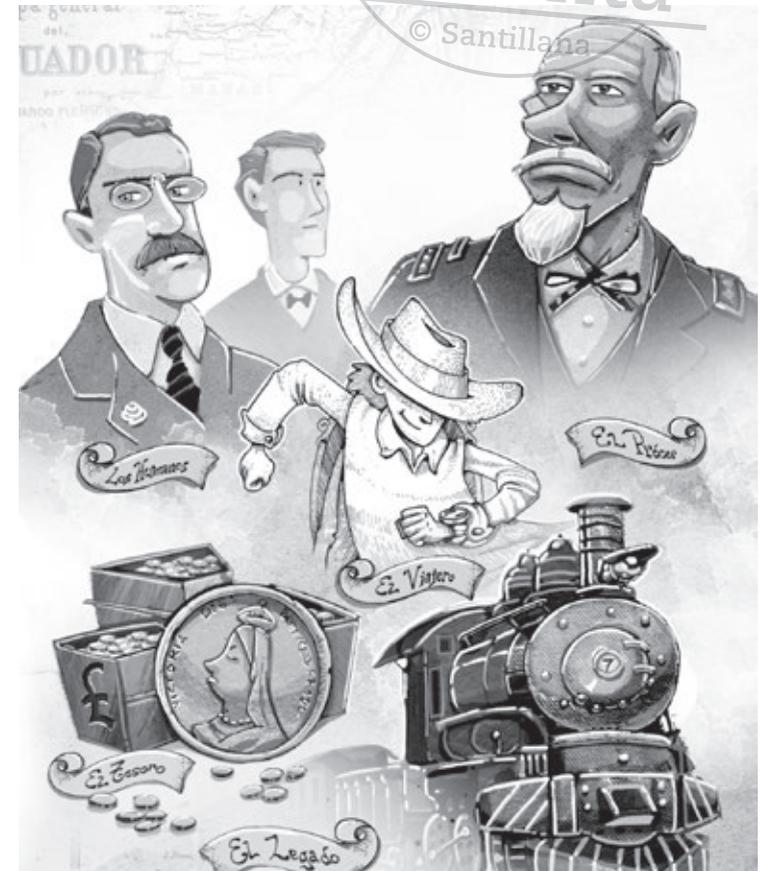
Diagramación: Carlos García

Supervisión editorial: Angélica Peñafiel

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Horacio, el ferrocarril y las esterlinas desaparecidas

Graciela Eldredge



loqueleto



*A mis abuelos paternos y a mis padres, alfaristas de convicción, que me enseñaron a honrar la memoria de Eloy Alfaro, el Viejo Luchador, quien, con su voluntad indómita, llevó el tren desde el mar hasta el Ande; a los hermanos Archer y John Harman, cuya fe en las ideas de Alfaro hizo realidad la construcción del «ferrocarril imposible»; a los miles de héroes del trabajo, que ofrendaron sus vidas para alcanzar un sueño; a los cientos de animales, coprotagonistas silenciosos de una hazaña sin precedentes.*

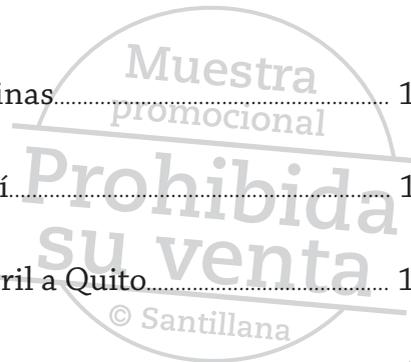
*A los lectores, para que a través de estas páginas compartan una de las gestas más importantes de nuestra historia.*



CAPÍTULO 1	
El telecronovisor.....	13
CAPÍTULO 2	
La Carretera Nacional.....	17
CAPÍTULO 3	
El presidente García Moreno.....	25
CAPÍTULO 4	
El Ferrocarril del Sur.....	29
CAPÍTULO 5	
Muerte de García Moreno.....	37
CAPÍTULO 6	
Llegada de Eloy Alfaro a Quito.....	41
CAPÍTULO 7	
El sueño del general Alfaro.....	45
CAPÍTULO 8	
La construcción más difícil del mundo.....	51
CAPÍTULO 9	
Guayaquil se incendia.....	53

CAPÍTULO 10	
La Convención Nacional.....	57
CAPÍTULO 11	
Norteamericanos se interesan por el ferrocarril.....	61
CAPÍTULO 12	
Instalación del telégrafo.....	65
CAPÍTULO 13	
Una vía insegura.....	71
CAPÍTULO 14	
Los «soldados de la paz».....	75
CAPÍTULO 15	
Los trabajadores jamaíquinos.....	79
CAPÍTULO 16	
Huigra Viejo.....	83
CAPÍTULO 17	
Bienvenido a Huigra Nuevo.....	89
CAPÍTULO 18	
Puentes y túneles.....	93
CAPÍTULO 19	
Viaje a Inglaterra.....	97
CAPÍTULO 20	
Archer Harman.....	99
CAPÍTULO 21	
La Nariz del Diablo.....	103

CAPÍTULO 22	
El robo de las esterlinas.....	109
CAPÍTULO 23	
El tren llega a Alausí.....	113
CAPÍTULO 24	
Llegada del ferrocarril a Quito.....	117
Referencias bibliográficas .....	123
Biografía .....	125
Cuaderno de actividades.....	127



**CAPÍTULO 1**  
**El telecronovisor**

Muestra  
promocional  
**Prohibida  
su venta**

© Santillana

13

Hoy cumples diecisiete años y tu tío Pedro, un físico para ti brillante y sensacional, pero un poco chiflado según tus familiares, te invita a su laboratorio porque quiere enseñarte su último invento. Allí observas una serie de aparatos mecánicos: péndulos, lentes, catalejos, microscopios, telescopios, extrañas máquinas fotográficas y un pequeño artefacto redondo que capta mayormente tu atención.

—Parece un reloj con cronómetro, tío Pedro —le dices.

—¡Ah! —te contesta—. Este es uno de mis últimos inventos: el telecronovisor. Me he pasado estos últimos años tratando de perfeccionarlo. Casi está listo. Solo hay que probarlo.

—¿Para qué sirve? —le preguntas.

—Bueno, mi invento une las propiedades de un cronovisor con las de un teléfono celular. Mi idea es que, mediante este aparato, nos podamos comunicar con el pasado, pero también con el presente.

—No entiendo. Por favor, explícalo más despacio —le pides.

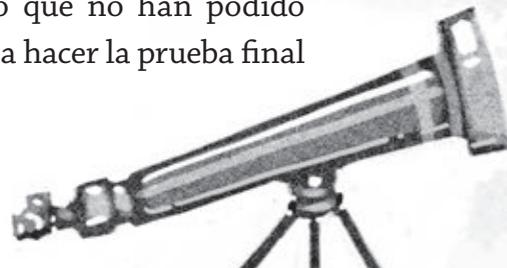
—Verás, el cronovisor es un aparato inventado en la Edad Media con el que, según su fabricante, se puede viajar al pasado. Yo lo he modernizado y, si se pulsa la tecla azul de la derecha, se abre un portal hacia el año o el hecho que se escriba en la pantalla, como en un celular. Si se pulsa la tecla verde, se abre el portal y se retorna al presente, al lugar donde la persona se encontraba.

—¿Y la tecla roja?

—Allí viene la función del celular. Este botón permite hablar con alguien del presente para pedir auxilio si es necesario. Es un dispositivo de emergencia por si algo sale mal cuando se está en el pasado. Si la tecla verde se avería, se aplasta la roja y esta teletransporta inmediatamente al viajero hasta mi laboratorio. La batería tiene capacidad para durar seis horas. Si se termina en otra época, el transeúnte del tiempo puede quedar perdido. Eso me toca perfeccionarlo todavía.

—Pero, ¿estás seguro de que funciona?

—Lo he probado con mi loro y con el gato, y sí logré traerlos de vuelta. Claro que no han podido contarme lo que vieron. Me falta hacer la prueba final para patentarlo.



## CAPÍTULO 2 La Carretera Nacional

Muestra  
promocional  
Prohibida  
su venta

© Santillana

Te encuentras fascinado con todo lo que tu tío te contó y ya no puedes dejar de pensar en el telecronovisor.

Esa tarde, mientras todos están reunidos en la sala de la casa celebrando, sales sigilosamente y te diriges al laboratorio de tu tío. Allí, sobre una mesa, se encuentra el misterioso aparato.

16 Sin pensarlo dos veces, te acercas y lo tomas. Te colocas el telecronovisor en la muñeca y dices:

—¿Adónde me gustaría viajar?

Recuerdas que en el colegio están estudiando sobre Eloy Alfaro y el tren en preparación para un concurso intercolegial. Tratas de recordar el año que empezó la construcción del Ferrocarril del Sur. Te parece que fue en 1872 y escribes esa fecha en la pantalla.

Aplastas la tecla azul y se activa el telecronovisor. Se abre un remolino de energía que te absorbe y eres llevado al pasado, a 1872.



¡Tu viaje comienza! Avanza al capítulo 2.

El viaje en el tiempo te produce sopor y, cuando te repones, te encuentras en medio de un paraje desolado y desconocido para ti. En el telecronovisor miras que son las tres de la tarde del 5 de diciembre de 1872. Todo está silencioso y un viento suave, pero frío, te estremece. Tu ropa te abriga un poco. Llevas un saco de lana mostaza, regalo de cumpleaños de tu tía Rebeca, que te pusiste por compromiso, pues ese no es precisamente tu color favorito. El *jean* azul y las botas de cuero, parte del uniforme del colegio, te dan cierta comodidad.

Empiezas a caminar hacia lo alto de una loma con el fin de descubrir lo que queda al otro lado. Entre resbalones y con el peligro de rodar, avanzas sosteniéndote de los matorrales que crecen en el lugar. Cuando llegas a la cima del montículo, observas a lo lejos una vivienda blanca, grande, con ventanas enrejadas con barrotes de hierro y cubierta de tejas. Parece una casa de hacienda, pues en sus alrededores puedes divisar

17

varios corrales con gallinas, cerdos y ganado vacuno pastando en los prados. En sus cercanías hay varias viviendas bajas, también de adobe y techo de tejas, que se esparcen al pie de las montañas.

Bajas apresuradamente, pues pronto oscurecerá y sientes miedo de pasar la noche al aire libre en un sitio desconocido. Te agarras de una mata, pero esta se desprende de la tierra y ruedas ladera abajo. De pronto, tu cabeza choca contra una piedra y pierdes el conocimiento.

Cuando despiertas, te encuentras sobre un camastro, junto al que hay un candil que alumbraba débilmente la habitación.

Una chica de cabello negro y tez morena te sonríe y dice:

—¡Qué bueno! ¡Estás vivo! Te encontramos desmayado al fondo de la quebrada. ¿Qué hacías allí? ¿Eres el hijo del capataz que debía venir de Quito junto con el presidente?

—No... no sé qué hago aquí... —balbuceas lentamente.

—No importa. Me pareces simpático y quiero que te sientas bien aquí. Mi nombre es Eugenia.

—Mucho gusto, Eugenia. Yo soy Horacio, pero...

No alcanzas a decirle que no eres quien ella está pensando porque, en ese momento, una voz aguda la llama desde el interior:

—Eugenia, Eugenia... ¿Ya trajiste el agua?

—Ya voy, mamá —contesta la muchacha—. Ya despertó el joven. Creo que es el hijo de don Julio, el capataz que tenía que llegar.

—¿Pero de dónde? ¿Cómo? Si no han venido ni la carreta ni la recua de mulas.

—No sé, pero parece tener mucho frío.

Miras tu ropa y encuentras que, sobre ella, ahora llevas una tosca camisa caqui con manga larga y un pantalón del mismo color. Junto a la cama se encuentran tus botas, llenas de polvo.

—Dale un poncho de los que usan los jornaleros —dice la madre.

Eugenia se dirige hacia un cuarto que parece bodega, donde están almacenados ponchos de lana, ponchos de aguas, pantalones de gabardina gruesa, sombreros, gorras, palas, picos y otras herramientas.

—Sígueme —indica—. Aquí guardamos la ropa y herramientas para los trabajadores. Pronto se irán, pues ya la carretera está terminada.

Todavía mareado por el golpe, te das cuenta de que llevas un trapo a manera de vendaje en la cabeza. Sigues a Eugenia y le preguntas:

—¿Dónde estamos?

—En Sibambe. Tu papá es el capataz mayor y te está esperando, pues deben organizar el recibimiento



al doctor Gabriel García Moreno, que viene desde Quito para inspeccionar la Carretera Nacional, que por fin llegó a nuestro pueblo.

—¿La Carretera Nacional? ¿No es el ferrocarril? —preguntas.

Eugenia te mira desconcertada y exclama:

—Creo que el golpe te hizo daño. Por aquí no hay ningún tren.

Te entrega un grueso poncho vino de lana de oveja y un sombrero de ala ancha que oculta gran parte de tu rostro.

—¡Quedas muy bien! Parece que hubiera sido hecho para ti. Así se disimula la venda de tu cabeza —comenta ella riendo con picardía.

Te ruborizas mientras musitas nervioso:

—¡Muchas gracias!

—¡Vamos a que comas en el comedor del campamento! Creo que todavía debe quedar algo de la merienda —dice ella.

Mientras la sigues, ves que está vestida con una falda larga, color plomo, como las polleras que usan las mujeres campesinas. Tiene además

